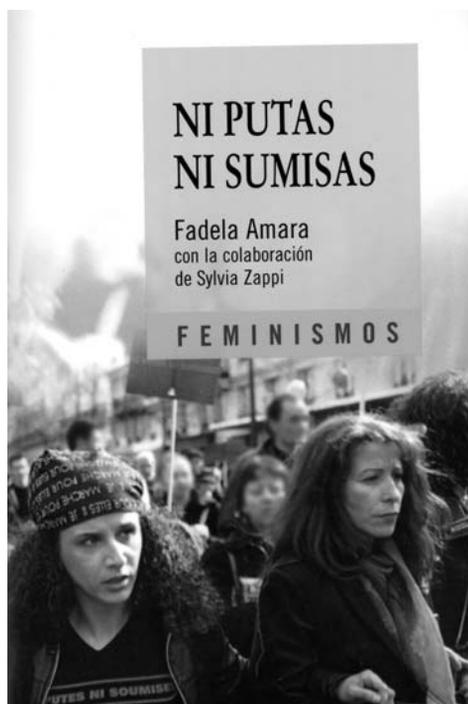


## ¡Basta ya!

La historia del movimiento “Ni putas Ni sumisas” surgido en Francia para combatir la violencia y la falta de libertades que sufren las mujeres de las barriadas obreras como consecuencia del señoreamiento de los jóvenes que, amparándose en el “derecho a la diferencia” y a las tradiciones, han impuesto el integrismo islamista por la fuerza.



### NI PUTAS NI SUMISAS

FADELA AMARA AMB LA COL·LABORACIÓ DE SYLVIA ZAPPI

TRADUCCIÓ DE MAGALÍ MARTÍNEZ SOLIMÁN

PRÒLEG A L'EDICIÓ ESPANYOLA D'AMELIA VALCÁRCEL

EPÍLEG A L'EDICIÓ ESPANYOLA DE PALOMA ALCALÁ

I OLIVIA BLANCO

COL·L. "FEMINISMOS", 82. 177 PÀGS

EDICIONES CÁTEDRA / PUBLICACIONS DE LA  
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA, 2004

“¡Basta ya!” dijeron miles y miles de personas en Francia en la “Marcha de las mujeres de los barrios por la igualdad y contra el gueto” que comenzó el 1 de febrero de 2003 en Vitry-sur-Seine y que, tras 23 etapas de encuentros con asociaciones, ciudadanos y alcaldes, culminó en París el 8 de marzo del mismo año, donde reunió a 30.000 personas. Quienes encabezaban la manifestación fueron recibidas por representantes del gobierno e inmediatamente se creó una comisión interministerial para poner en marcha todas las propuestas del movimiento.

La Marcha no surgió de la nada. Hubo un intenso trabajo anterior para llevarla a cabo y el éxito fue clamoroso: consiguieron implicar a la ciudadanía, a los grupos de mujeres, a los sindicatos y a los partidos políticos en un debate imprescindible y fundamental para hacer visible y enfrentarse a la realidad



de los barrios obreros franceses: segregación, paro, miseria y marginación que afectan y determinan la vida de los habitantes de *la banlieue*, en gran parte familias de inmigrantes —aunque no únicamente—; pero sobre todo, “Ni putas Ni sumisas” rompió la omertà, la ley del silencio sobre las consecuencias que esta degradación social estaba teniendo en la vida de las mujeres: no son libres, no pueden decidir sobre su aspecto externo —son obligadas a llevar el velo— ni sobre sus relaciones personales, ni tampoco sobre sus estudios o su trabajo. Las que se rebelan, son insultadas públicamente e, incluso, sometidas a violaciones colectivas o quemadas: “Los hombres se han apoderado del cuerpo de las chicas francesas, han pasado a ser sus cancerberos”.

Entre los detractores del movimiento, por supuesto, los chicos agresivos que dominan los barrios, cuyos cabecillas viven en una economía sumergida y no les interesa que aflore; los religiosos integristas que no quieren ni oír hablar de la emancipación de las mujeres; pero también una minoría supuestamente de izquierdas que rechaza los valores democráticos y que pretende ver en el islamismo rampante la expresión de una ruptura con el sistema y, por tanto, le atribuyen unas “energías revolucio-

narías” que habría que apoyar. “Extraña forma de razonar —escribe la autora— cuando hoy sabemos los estragos que provoca el islamismo, en primer lugar en los países musulmanes, y sobre todo a las mujeres”. Esta minoría se inscribe en una corriente de pensamiento que aboga por la diferencia y por el respeto de las culturas y las tradiciones, aunque éstas atenten contra la integridad física y moral de un individuo.

El análisis, la reflexión y las acciones emprendidas en Francia y narradas en el libro por Fadela Amara —francesa, hija de inmigrantes, habitante de una barriada obrera y musulmana practicante— debería servirnos de ejemplo para evitar la creación de guetos en nuestras ciudades y, sobre todo, para impedir que la libertad y la igualdad se vean comprometidas por costumbres, tradiciones o fundamentalismos de cualquier tipo. Como dice Amelia Valcárcel en el prólogo a la edición española, ante la compleja situación que se avecina, “no basta con la tolerancia ni con el elogio de la diferencia. Yo, en tanto que demócrata, no tengo una religión para que el otro me la tolere. Tengo un conjunto de valores que ha sido muy difícil hacer vigente”.

Arantxa Bea